

Eje II: “Inventamos o erramos”. Epistemologías desde la periferia

Mesa 4: Historia de las ideas en América Latina, Caribe y el Sur Global

Título de la ponencia: **“El materialismo histórico como fuente del pensamiento de la izquierda nacional: redefiniciones aplicadas a la luz de las particularidades del caso argentino”**

Autor: **Miguel Trotta** (UNLa)

Introducción

La conformación del materialismo histórico como corriente filosófica y política no fue designada como tal sino hasta 1924, en los manuales del materialismo dialéctico publicados por el gobierno de la ex Unión Soviética y con posterioridad al fallecimiento de sus dos grandes productores; Karl Marx y Friedrich Engels. Esa vasta obra, iniciada hacia 1830 y cuyas proyecciones abarcan todo un período hasta la publicación del primer tomo de El Capital en 1867 y concluyendo en 1885 y 1894 con las del segundo y tercero respectivamente. Sin embargo, este punto de partida ha desdoblado conforme el objeto de esos estudios (es decir y al decir de Marx: la sociedad civil burguesa) hacia una prolífica producción hasta el presente. Para Marx, los modos de organización de la producción económica (originadas en las necesidades orgánicas de subsistencia que condicen objetivamente a la conformación necesaria de relaciones sociales de producción para garantizar esa reproducción orgánica) desdoblan relaciones sociales y técnicas de producción que definen de acuerdo al desarrollo de las fuerzas productivas un modo de producción en cada sociedad en momentos históricos específicos, de tal modo que los saltos cualitativos en la historia, para esta corriente supone el momento de una contradicción material entre las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas. Esta contradicción objetiva no es el único proceso, sino que además, la acumulación gradual de las fuerzas de los colectivos explotados en cada modo de producción (esclavos, siervos, proletariados) dan lugar a procesos de crecimiento en su número, su organización, el desarrollo de una conciencia en sí (autoconciencia de fragmentación objetiva de la sociedad en sectores específicos: grupos, estamentos o clases según el caso histórico considerado) y conciencia para sí (desarrollo de proyectos para la acción, formación política, organización de partidos políticos y acciones colectivas) condice a las condiciones subjetivas para la superación de cada modo de producción. En esta última afirmación es que las teorías del marxismo han impactado en la conformación de programas políticos de cambios revolucionarios y en los siglos XIX y XX han promovido en base a ese clivaje de clase de irreconciliabilidad objetiva ellas: entre burguesía y proletariado su táctica de

confrontación en el marco de la lucha de clases. Esta contradicción supone una precondition no sólo epistemológica sino ontológica y que ha sido interpretada por los partidos políticos socialistas y comunistas europeos a lo largo del siglo XX como un absoluto, una totalidad que anula las diferencias culturales, sociales, económicas y políticas de cada sociedad en particular, fuertemente promovidas por la Unión Soviética a través de sus directivas para los programas políticos de los Partidos Comunistas en todo el mundo. La predominancia de un materialismo histórico abstracto y la posibilidad de su implantación mecánica como proyecto de los sectores explotados, en los diversos países donde se encuentren desarrolladas estas condiciones estructurales y aún en las que no; han sido producto de un concepto ligado a la condición que para el materialismo histórico asume este clivaje: el proletariado es un sujeto universal, por tanto la lucha de clases debe concebirse como un proceso objetivo en el modo de producción independientemente de la sociedad de la que se trate. Así el internacionalismo de ese programa y de su sujeto colectivo promotor condice a considerar perspectiva del escenario internacional como campo de conflicto, con independencia de las consideraciones de los procesos internos de cada sociedad en particular. El internacionalismo abstracto ha tenido notoria influencia en nuestra América y en particular en Argentina desde el Partido Socialista (como expresión más significativa de esta corriente desde 1896 en adelante) bajo la conducción de Juan Bautista Justo; fortaleció una doble negación e invisibilización de las particularidades socioculturales y económicas de nuestra realidad como pueblo y como sociedad al sintetizar en su ideario la historia oficial liberal mitrista y la tendencia de interpretación abstracta y positivista del materialismo histórico como proyecto político promovido años más tarde, por la Unión Soviética. Como dato anecdótico, pero no menos significativo, ha sido el propio Friedrich Engels quien hubo leído y corregido la Declaración del principios fundacionales del Partido Socialista argentino al momento de su fundación. Desde este marco entonces, este trabajo se propone examinar la influencia del materialismo histórico en la izquierda nacional desde sus fundamentos y readecuaciones aplicados al caso argentino. La pretensión ulterior, es contribuir al debate en torno de afirmar a la izquierda nacional como producto de una matriz epistemológica particular, enraizado en el ethos cultural de nuestra América en la que si bien el materialismo histórico ha sido uno de sus fundamentos, no ha impedido la construcción de una corriente original y situada para el análisis y la praxis transformadora en la realidad social argentina y americana.

1.- La cuestión nacional en el materialismo histórico: del internacionalismo abstracto a su consideración en el caso de los países periféricos.

La producción teórica de la obra de Marx, está signada por el contexto histórico de Prusia particularmente desde mediados del siglo XIX y hasta la unificación alemana de 1871, en donde se inicia y consolida la modernización capitalista de la economía de ese país. Por tanto, el creador del materialismo histórico es coetáneo al desdoblamiento de la consolidación del modo de producción capitalista en su país, y anticipa en su obra las contradicciones presentes como tendencias generales de los procesos de institución de ese orden a partir de sus experiencias en Francia e Inglaterra, pero además desde la construcción científica de su perspectiva, desarrollada desde la síntesis crítica del idealismo alemán, la economía clásica y el

socialismo utópico. Respecto de la primera, supone la remisión a la dialéctica hegeliana como fundamento primario de su constructo, al que Marx critica como parte no solo de un proceso reflexivo especulativo propio de su campo de formación académica y desarrollo teórico, sino como producto de un debate político en el que Hegel, en los años jóvenes de Marx cuando estudiante universitario de Filosofía, participaba de un núcleo crítico contrario a los partidarios de una lectura conservadora de la dialéctica hegeliana y los postulados políticos de ese autor. La inversión hegeliana atribuida como parte de las superaciones teóricas de la dialéctica en Marx, supone anteponer la materia a la idea, de oponer una dialéctica materialista a la idealista para ubicar la génesis de los procesos históricos en una praxis concreta objetiva de modos de intervenir en la realidad, que los hombres en sentido genérico desarrollan para garantizar su reproducción biológica como especie. Las relaciones sociales tienen por fundamento ontológico primario la resolución de esas necesidades de reproducción orgánica en tanto especie. El modo de organizar por tanto la producción de bienes se encuentra determinada por las relaciones sociales de producción (modos de poseer, usufructuar y controlar los medios de producción, sus predeterminaciones normativas, etc.) en tanto las relaciones técnicas de producción aluden al modo de organización de esa producción. Ambas asumirán, de acuerdo a esta corriente, morfologías diferenciadas según se trate del grado del desarrollo de las fuerzas productivas existentes en esa sociedad (materias primas, instrumentos de producción, tipos de energía implicados en la producción). Por tanto, en la propia naturaleza dialéctica de sus fundamentos, el materialismo histórico tiende a la construcción de totalidades contradictorias que homogeneizan diferencias existentes en la propia realidad concreta. Es propio esto último, de la dialéctica materialista en virtud de la propia inversión que realiza Marx, En Hegel, la dialéctica no es objetiva sino intersubjetiva, por el predominio de la idea. Marx, estas primeras definiciones relativas a los modos de producción las redefine, en 1857 (Marx, 1857) con la concepción de formación social histórica que alude a un sistema en el cual, si bien un modo de producción es predominante, no impide la coexistencia con otros o bien en crisis o en emergencia. El punto de partida que es necesario destacar es que es justamente en virtud de esa determinación inicial de la idea de totalidad y de contenido objetivo abstracto que implica la consideración de la dialéctica materialista en Marx que luego sus efectos en los análisis políticos y la conformación de los proyectos en favor del proletariado no advierte particularidades históricas concretas de cada pueblo y sociedad en particular para analizar las reales condiciones estructurales de cada economía en particular, contradictoria con la proposición de una teoría universal para el fundamento de un proyecto colectivo de sociedad. Aspecto que será paulatinamente develado y redefinido por el propio Marx y sobre todo pensadores que han abrevado de su obra pero la reactualizan a la luz de las particularidades propias de su tiempo y su cultura. En problema de la cuestión nacional en el materialismo histórico reside en que el internacionalismo es parte constitutiva de esta dialéctica. El clivaje entre burguesía y proletariado, es en el materialismo histórico una división objetiva e histórica independientemente de las condiciones preexistentes. Allí donde las relaciones capitalistas de producción se instituyen los procesos de creación y destrucción crean un orden nuevo, el orden burgués y arrasan según esta corriente con los antiguos modos de producción feudales (MARX. K., 2004.). De tal modo que de lo que se sigue es que el modo de

producción objetivamente divide a la sociedad en clases y esas clases son universales, la conciencia en si y para si del proletariado implica pensarse y actuar conforme a una universalidad que supone la superación de las nacionalidades, las culturas particulares y las diversidades históricas de cada pueblo. Marx y Engels no son ajenos a los movimientos nacionales del siglo XIX pero consideraban la cuestión nacional como una contradicción secundaria, no relevante para el desarrollo del capitalismo y menos aún para la ruptura del orden burgués y la institución de un orden comunista. Sobre el particular existen algunas afirmaciones que inclusive sobresalen en los escritos dirigidos a los obreros para orientarlos en su organización: *“los antagonismos nacionales y los particularismos de cada pueblo desaparecen cada día más, simplemente con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio, el mercado mundial, la uniformidad de la producción industrial y las formas de vida correspondientes a el..”* (MARX, K., Op. Cit., 65). Lo nacional es para estos autores una instancia subsidiaria de las contradicciones principales que se dirimen en el plano internacional. Cabe entonces preguntarse que es la nación para Marx y para Engels y acá existen dos conceptos fundamentales en juego. Por nación Engels entenderá nación a un producto histórico de agregación humana estructurada a través de redes de parentesco, donde el componente cultural se encuentra ausente *“en ciertas comarcas, tribus que fueran parientes en su origen y separadas después, se reunieron de nuevo en federaciones permanentes, dando así el primer paso para la formación de la nación”* (ENGELS, F., 1972, 94). Esta concepción de nación será la adoptada también por otro autor de esta corriente, sobre el cuál se volverá, que es Lenin. Otro concepto es el de nacionalidad, que Marx y Engels utilizaran para referirse como parte constitutiva de una nación, ella es asimilable a ciudadanía en la que pueden coexistir diversas nacionalidades sean nativas o adquiridas (Cfr. MARX, K., 1965) dado que la conformación de una nación homogeneizadora se trataría de una instancia necesaria de conformación de los mercados en favor de la burguesía y del orden que instituye. En esa misma dirección y con ese fundamento, ambos autores analizarán la cuestión nacional, desde análisis de casos históricos. La mayor parte de ellos en pequeños opúsculos o cartas pero donde la nación y los nacionalismos por ser procesos emergentes en sus tiempos, han sido objeto de sus análisis. Puntualmente se destacan en las producciones citadas los siguientes: la colonización británica de India y China, la guerra civil en Francia; la unificación alemana (desde el Programa político de la Nueva gaceta renana) , la restitución de Polonia, la cuestión irlandesa y la liberación de Irlanda. Por tanto en toda la obra de Marx y Engels la cuestión nacional es considerada secundaria frente al clivaje objetivo de clases. De estos textos el primero que se mencionará es el referido a la unificación de la nación alemana. Marx, en 1848, escribía así en el periódico que dirigía, *La Nueva Gaceta renana*, el programa político de la misma con relación a la situación de la cuestión de la unificación alemana:

“La democracia pequeño burguesa se dividía, por aquel entonces, en dos fracciones: la de la Alemania del Norte, que deseaba un emperador prusiano democrático, y la de la Alemania del Sur (entonces casi específicamente de Baden), que quería transformar a Alemania en una república federal a semejanza de Suiza. Nosotros teníamos que luchar contra ambas fracciones. El interés del proletariado se oponía igualmente a la prusianización de Alemania como a la perpetuación del

fraccionamiento en Estados diminutos. Exigía imperiosamente la unificación de Alemania en una nación, única forma de limpiar de todos los mezquinos obstáculos heredados del pasado el palenque en que habían de medir sus fuerzas el proletariado y la burguesía. Pero el interés del proletariado se oponía también a que la unificación se realizase bajo la hegemonía de Prusia: el Estado prusiano, con todas sus instituciones, con sus tradiciones y su dinastía era precisamente el único enemigo interior serio que la revolución alemana tenía que derribar; además, Prusia sólo podía unificar a Alemania desgarrándola, dejando fuera la Austria alemana. Disolución del Estado prusiano, desmoronamiento del Estado austríaco, unificación real de Alemania como república: éste y sólo éste podía ser nuestro programa revolucionario inmediato”. (Engels. Marx y la Nueva Gaceta Renana. 1884). Esta declaración programática que proponía como parte del proyecto revolucionario del proletariado alemán la conformación de una Alemania democrática, indivisible y unificada contrastaría con lo enunciado precedentemente. Sin embargo es bien clara la importancia como condición necesaria para la revolución del proletariado, consolidar la nación y la nacionalidad como factor cohesivo. Es decir, si bien no conforma parte de sus argumentaciones más extendidas y desarrolladas desde el análisis dialéctico de la sociedad burguesa a lo largo de cuarenta años, ni forma parte en este sentido como fundamento de la perspectiva materialista histórica, no deja de notar la centralidad que adquiere la cuestión nacional en momentos históricos determinados para el desarrollo de un nuevo modo de producción superador del capitalismo.

Otro de los pasajes que se citarán es referido a una carta de 1870 que Marx dirige a Sigfried Meyer y August Vogt (ambos miembros de la Internacional, de origen alemán y residentes en Estados Unidos. Sobre la anexión territorial del norte de Irlanda por parte de Inglaterra y la cuestión nacional consolidada en torno de la lucha por la liberación de esa dominación:

“Después de años de tratar la cuestión irlandesa, he llegado a la conclusión de que el golpe decisivo contra las clases dominantes en Inglaterra (y este es decisivo para el movimiento obrero en todo el mundo) no puede ser tratado en Inglaterra, sino sólo en Irlanda.”. (MARX, K. , 1870)

Esté párrafo es revelador debido a que sin abandonar la perspectiva internacionalista y las condiciones subjetivas de los procesos revolucionarios, advierte la centralidad que adquiere la cuestión nacional en el plano de la promoción de los cambios en la propia Inglaterra y al mismo tiempo en Irlanda. La cuestión nacional opuesta en la primacía estratégica del proyecto materialista histórico frente a la lucha de clases es también en este caso reivindicada, de tal modo que los procesos de liberación nacional no serán percibidos desde esta corriente como fenómenos asociados a naturales procesos de conformación del orden burgués, sino que bajo determinadas condiciones son preeminentes y necesarios. En la misma misiva continúa la argumentación:

“Les diré de forma breve los puntos decisivos. Irlanda es el baluarte de la aristocracia inglesa. La explotación de esta tierra no es sólo una fuente importante de su riqueza material; es su mayor poder moral. Representan de hecho el dominio de Inglaterra sobre Irlanda. Irlanda es, por lo tanto, el gran medio a través del cual

la aristocracia inglesa mantiene su dominio en la propia Inglaterra. Por otro lado: si mañana se retiraran el ejército y la policía inglesa de Irlanda, tendríamos inmediatamente una revolución agraria en Irlanda. La caída de la aristocracia inglesa en Irlanda, sin embargo, significaría y necesariamente causaría su caída en Inglaterra. Esto último cumpliría la condición previa para una revolución proletaria en Inglaterra. La aniquilación de la aristocracia inglesa en Irlanda es una operación infinitamente más fácil que en la propia Inglaterra dado que en Irlanda la cuestión de la tierra ha sido hasta ahora la forma exclusiva en que se ha presentado la cuestión social, ya que es una pregunta existencial, una cuestión de vida o muerte para la inmensa mayoría del pueblo irlandés, y porque es al mismo tiempo inseparable de la cuestión nacional. Aparte de que el carácter irlandés es más apasionado y revolucionario que el de los ingleses. En cuanto a la burguesía inglesa, ella tiene en común con la aristocracia inglesa primero el interés de convertir a Irlanda en un mero pastizal, para suministrar al mercado inglés con carne y lana a los precios más bajos posibles”. (MARX, K., 1870).

En el desarrollo de la explicación, queda clara la necesaria relación entre cuestión social y cuestión nacional y cómo los procesos no pueden analizarse excluyendo un proceso de otro. Si la tendencia a la maximización de ganancias desplaza capital desde los mercados internos a otras economías, la puesta en crisis de ese movimiento objetivo también analizado por Marx e incluso Lenin al analizar el fenómeno del Imperialismo, implica tomar como contradicción central la cuestión nacional en este caso en Irlanda. Es bien clara la afirmación cuando afirma que una derrota de la burguesía en Irlanda significaría su debilitamiento como clase dominante en la propia Inglaterra, el centro del capitalismo internacional en ese momento histórico. Al respecto:

“Inglaterra, como metrópoli del capital, como potencia que domina el mercado mundial actual, es por el momento el país más importante para la revolución obrera, y el único país donde las condiciones materiales de esta revolución se encuentran desarrolladas hasta cierto grado de madurez. Acelerar la revolución social en Inglaterra, por lo tanto, es el objetivo principal de la Asociación Internacional de los Trabajadores. La única forma de acelerarla es conseguir la independencia de Irlanda. (MARX, K., 1870 Carta a Sigfrid Meyer y August Vogt Escrito: El 9 de abril de 1870.)

En este pasaje es el propio Marx que toma decididamente partido por la lucha de la liberación nacional en Irlanda como precondition para la destrucción del capitalismo en Inglaterra. En su obra sobre “El derecho a la autodeterminación de los pueblos” de..., Lenin retoma estas consideraciones de Marx y de Engels para polemizar con Rosa Luxemburgo. Sin embargo, en un texto posterior titulado El Estado y la Revolución (LENIN, V. I., 2005) realiza un interesante análisis acerca de la contradicción entre cuestión social y cuestión nacional, aplicada a la crítica de la socialdemocracia alemana por el papel desempeñado en ocasión de la Ira guerra mundial de alianza con la burguesía de ese país en apoyo de la defensa de la nación. Se refiere a los socialdemócratas Kautskyanos como “socialchuavinistas” y en una clara adopción del internacionalismo proletario acusa a esa Partido de promover una alianza con la burguesía y luchar contra sus camaradas de clase en lugar de unirse

contra las respectivas burguesías que lideran el enfrentamiento bélico. En esta dirección, Lenin sienta las bases de oponer, consecuentemente con la tradición marxista, la cuestión social y la lucha de clases por sobre la cuestión nacional. Más aún, en Marx el elogio del orden burgués como superador del orden feudal y su caracterización como orden revolucionario en el siglo XVIII, supone ratificar lo que en la Ideología Alemana plantea respecto de los saltos cualitativos de un modo de producción a otro. Para Marx es imposible concebir la institución de un modo de producción comunista sin el pasaje previo por el agotamiento y crisis del modo de producción anterior, es decir el modo de producción capitalista.

Sin dudas además de estos autores entre los diferentes que abordarán la cuestión nacional dentro del marxismo, se destacará a Lenin. Vladimir Illich Ulianov (Lenin) tendrá una evolución respecto de su posicionamiento para entender la cuestión nacional con relación a la cuestión social. Decididamente en sus textos desde 1900 a 1914 aproximadamente, coincidente con el período de preguerra, asumirá una definida posición antinacional y de internacionalista, coincidente con el núcleo duro de la perspectiva marxiana. Sin embargo, los textos posteriores, revalorizará la cuestión nacional como tema fundante de su táctica y estrategia política en el marco de los procesos revolucionarios. Para Lenin (partidario de los bolcheviques) , y en clara disputa con los mencheviques triunfantes de la revolución rusa de febrero de 1917, al calor de esa confrontación plantea la posibilidad de un pasaje del orden feudal de la Rusia zarista hacia un orden comunista sin necesariamente un previo pasaje por el desarrollo de un modo de producción capitalista (si bien desde 1860 el Zar Alejandro I comenzó un incipiente proceso de modernización, este sólo alcanzó pequeños enclaves ligados a los astilleros en ciudades portuarias pero la mayor parte del territorio continuaba con modo de producción casi feudal como dominante). Pero será en esa disputa con Rosa Luxemburgo que afirmará que el internacionalismo subsume a los nacionalismos, en virtud del III Congreso del Partido socialista obrero ruso, es quien impulsa y plantea lo que luego constituirá su afirmación más consolidada en su obra “El derecho de las naciones a la autodeterminación” de 1914. Pero otra de las afirmaciones más sólidas es que no debe confundirse nacionalismo con autodeterminación. El primero supone para Lenin la ideología de la burguesía en la etapa de conformación de los Estados nacionales no escindidos de la conformación de los mercados nacionales, pero más aún, en su disputa con Rosa Luxemburgo reafirma en la génesis de los Estados nacionales la posibilidad de estructurar procesos de autodeterminación popular más allá de su conformación burguesa:

“Por ello, la tendencia de todo movimiento nacional es formar Estados nacionales, que son los que mejor cumplen estas exigencias del capitalismo contemporáneo. Impulsan a ello factores económicos de lo más profundos, y para toda la Europa Occidental, es más, para todo el mundo civilizado, el Estado nacional es por ello lo típico, lo normal en el período capitalista” (LENIN, V. I.; 2000)

En esta afirmación existe una clara identificación de lo mencionado, los movimientos nacionales son un claro epifenómeno del desarrollo capitalista y del orden burgués en una etapa determinada de su conformación histórica. Afirmación que tiende a una descripción universalizante de acuerdo con una epistemología eurocéntrica que responde a la aplicación analítica y práctica de la realidad de los países y economías

capitalistas centrales pero que es de dificultosa transpolación cuando deben contener como experiencia, el caso de otras culturas y procesos históricos que no necesariamente siguen los patrones del desarrollo capitalista en esas economías. Incluso los actores políticos que encarnan los procesos son muy disímiles en cada contexto como para que lo que tenga validez analítica y pertinencia lógica y material en uno sea inválido en otro. Por el contrario, en el mismo texto, Lenin aclara que esta conceptualización de nacionalismo, no debe confundirse con los procesos de autodeterminación de las naciones. Tal como lo expresa en el siguiente párrafo del mismo texto:

“Por consiguiente, si queremos entender lo que significa la autodeterminación de las naciones, sin jugar a definiciones jurídicas ni "inventar" definiciones abstractas, sino examinando las condiciones históricas y económicas de los movimientos nacionales, llegaremos inevitablemente a la conclusión siguiente: por autodeterminación de las naciones se entiende su separación estatal de las colectividades de otra nación, se entiende la formación de un Estado nacional independiente.” (LENIN, Op. cit).

Esta oposición entre naciones da lugar a la conformación de los Estados, allí Lenin advierte los procesos que se estructuraban en el momento en el que históricamente desarrollaba su acción intelectual y política. Pero si se analizan los desdoblamientos de su pensamiento, desde estas afirmaciones en este texto, radicalizaría la centralidad que adquieren las naciones y la nacionalidad como colectividades tendencialmente homogéneas y distintivas frente a otras en otro de sus textos claves sobre el tema como lo es *Imperialismo, fase superior de Capitalismo* (LENIN, 2001) y más aun establece una diferencia entre naciones oprimidas y opresoras como momento de un proceso objetivo

de la tendencia a la maximización de lucro fuera de los mercados nacionales, como consecuencia de la concentración monopólica de capital y medios de producción en el Capitalismo de la primera preguerra. El desarrollo de las campañas imperialistas de los países centrales del Capitalismo de ese contexto y de la exacción de materias primas primero de esos territorios conquistados y luego reconstruidos como mercados como instancias necesarias de reproducción del capital (a lo que Lenin le confiere un carácter objetivo inherente a la dinámica del Capitalismo) al mismo tiempo definen mercados centrales y subsidiarios y por tanto una asimetría entre naciones dominantes y dominadas económicamente primero y en virtud de ello al mismo tiempo políticamente, desde su perspectiva. (Cfr. LENIN, Op. Cit.)

Pero aquí hay un punto importante que debe ser resaltado como aspecto retomado como lineamiento para pensar los procesos de liberación nacional en América Latina y desde la izquierda nacional: la condición de país semicolonial, exige esa consideración al haber establecido con Gran Bretaña una relación de subalternidad de la economía argentina, respecto de los intercambios comerciales ampliamente favorables al reino, e incluso como economía subsidiaria y necesaria para el desarrollo capitalista de ese país europeo. La categorización de nación dominada o dependiente que toma en consideración Lenin, encuadra en la determinación de nuestra nación argentina respecto de las centrales.

La centralidad que Lenin le confiere a los procesos de liberación nacional en este

texto, implica considerar que los mismos no se encuentran desvinculados de la lucha de clases que desde la perspectiva del materialismo histórico son el motor de la historia y las mediaciones necesarias para el pasaje de una sociedad capitalista a una comunista. Los propios procesos de liberación nacional de la dependencia económica y política de las naciones opresoras y explotadoras, contribuiría a provocar la crisis económica en el capitalismo central debido a la imposibilidad de reproducir los ciclos de ganancias necesarios para su reproducción. Esto generaría las condiciones, según Lenin (ya anticipado por Marx en los párrafos anteriormente citados) para la creación de las condiciones objetivas y subjetivas necesarias para el desarrollo de los procesos revolucionarios en aquellos países. Hasta aquí el desarrollo de las principales afirmaciones sobre la relación entre la denominada por el marxismo *cuestión nacional y la cuestión social* o desde otro aspecto: *la liberación nacional y la lucha de clases*. Con base en esto, es necesario avanzar sobre la resignificación de lo expuesto a la luz de las particularidades del caso argentino y latinoamericano y desde el pensamiento nacional como marco primario de síntesis con el expuesto en la conformación de la denominada *izquierda nacional*.

2.- El materialismo histórico heterodoxo y la cuestión nacional en América Latina: mediaciones desde el pensamiento de Manuel Ugarte .

A riesgo de delimitar en demasía la selección de autores, la primera aclaración respecto de este apartado es que existen una diversidad de pensadores de nuestra América que han resignificado las formulaciones del materialismo histórico para pensar las posibilidades del desarrollo histórico de nuestra región, bajo las condiciones históricas y culturales específicas de nuestra diversidad unitaria como nación latinoamericana. En este tránsito de las matrices ontológicas del materialismo histórico como corriente de pensamiento propia de otra cultura (europea y etnocéntrica) expresadas en el apartado anterior, la exposición se centra en lo sucesivo en analizar los desdoblamientos que adquiere en América Latina a partir de las particularidades de sus pensadores principales. Entre ellos se destaca y se tomará a Manuel Ugarte, fuertemente influidos por el materialismo histórico pero cuyas distinciones como producto foráneo e inaplicable en las condiciones históricas y sociales de nuestra América tal como supone una interpretación mecanicista y ortodoxa, han sido objeto de transformaciones a la luz de esas reflexiones propias y originales de nuestro pensamiento como nación única y diversa. Entre muchos otros, son también pilares, pensadores de la talla de Carlos Mariátegui y Víctor Haya de La Torre. Sobre el particular, han sido fundamentales en la traducción e innovación epistemológica, pero se profundizará en el pensamiento de Ugarte, desde el criterio que da comprensión a la visibilidad de una mayor nitidez de esa influencia en el pensamiento de la izquierda nacional.

El pensamiento de Ugarte, entonces, se considera aquí como las mediación necesaria del constructo epistemológico entre el materialismo histórico ortodoxo y la izquierda nacional. Lo siguiente analizará este particular con vistas a superar el análisis al desarrollar todas estas influencias en la izquierda nacional.

Es claro entonces que por la propia ontología de la construcción del materialismo histórico y su objetualidad totalizante, lo nacional es solo un aspecto secundario y

constitutivos de conformación de un momento del Capitalismo cuya tendencia en la reproducción a escala internacional y del mismo modo, desde las consideraciones de las dimensiones subjetivas de los procesos, la acción del proletariado como clase universal portadora de la emancipación de la humanidad en la transición del capitalismo al comunismo; implica un proceso internacional: la lucha de clases excede los límites de los Estados y los mercados particulares, se trata de un clivaje objetivo de clases por el modo de organizar la producción de bienes. Pero entonces, desde lo visto, la cuestión nacional, desde lo general es tomada como epifenomena de un movimiento de lo real tendiente a la universalidad; sin embargo, los clásicos del materialismo histórico se han detenido a un examen más riguroso y advirtieron que en determinadas coyunturas no es posible pensar la lucha de clases sin antes tomar en cuenta los procesos de las demandas particulares de las naciones como sujetos colectivos que por conformación histórica y el desarrollo de una cultura en particular se distinguen entre sí. Es desde esta posición que los pensadores latinoamericanos citados van a partir para incluir, pero resignificando y reinterpretando a la luz de las particularidades propias estos postulados.

Manuel Ugarte, uno de los pensadores más influyentes en toda nuestra América sobre la necesidad de la construcción de la Patria Grande, como posibilidad histórica, destino pero además como modo de resistencia y enfrentamiento al imperialismo estadounidense, que muy prematura y certeramente denunciara. Ugarte, con motivo de realizar estudios de arte en París, a partir de 1889 tomará contacto y será influido por las ideas socialistas, más específicamente de una variante del materialismo histórico desde la obra de Jean Jaurès. En ese momento la influencia no podía haber provenido de Lenin quien desarrollará su obra posteriormente, pero si de Marx y Engels y del propio Jaurès sobre todo, debido a que esta variante le permite leer y advertir una heterodoxia dentro del marxismo que se adecua más a las necesidades de nuestras sociedades periféricas y dominadas por otras potencias que las ortodoxas aplicables para los países más industrializados donde el modo de producción capitalista se encontraba ya consolidado. Ugarte al poco tiempo de llegar, publica en el diario *El Tiempo*, una nota sobre la conmemoración de la Comuna de París, y en 1900 escribe una crónica sobre una conferencia que Jean Jaurès desarrolla acerca del arte y el socialismo. Desde su llegada Ugarte toma contacto con los núcleos socialistas y es bien clara una cita, que evidencia la importancia de Jaurès en su formación *“De manera que esas ideas están en el ambiente y todos encontraron muy natural que Jaurès hablara de organizar una sociedad menos imperfecta”* (UGARTE, M ,2010, 103) Sobre este particular debe aclararse que la figura de Jaurès en el socialismo francés es de notoria influencia, pero al mismo tiempo también en la temprana formación de Ugarte. Basta recordar que cuando se afirma que Jaurès era un materialista histórico heterodoxo, dicha heterodoxia se vincula centralmente a aquellas convergencias que son aplicables a las particularidades de los problemas de nuestra América y más aún a discutir con el centro del argumento de la teoría ortodoxa: la lucha de clases. En efecto, si bien concordaba con la lucha de clases como concepto y praxis, rechazaba la teoría y proposición de la instauración de una dictadura del proletariado: democracia y socialismo en su pensamiento eran momentos inseparables. Es en Ugarte donde una de las convergencias que desarrolla el socialismo de Jaurès va a tener influencia, tal como es la del patriotismo y la lucha

de clases. Ugarte, de regreso de su viaje por Estados Unidos ya advierte su política incipientemente imperialista y denuncia como amenaza al socialismo y a la nación:

“Basta un poco de memoria para convencerse de que su política tiende a hacer de la América Latina una dependencia y extender su dominación en zonas graduadas que se van ensanchando, primero con la fuerza comercial, después con la política y por último con las armas. Nadie ha olvidado que el territorio mejicano de Texas pasó a poder de los Estados Unidos después de una guerra injusta...” (UGARTE, M. El País, Madrid, 19/10/1901).

En este momento histórico Ugarte va forjando su pensamiento original, con base en la influencia de estas rupturas propias de las resignificaciones del materialismo histórico francés con una de sus fuentes de formación. Es decir, en la heterodoxia de Jeaures, esas rupturas del materialismo histórico, ya presentes en Marx, Engels y Lenin se encuentran como posibilidades de reconstrucción donde se conjugan como constitutivos de una misma totalidad y de igual centralidad para la comprensión y la acción política tanto la cuestión social como la cuestión nacional. Jean Jeaures propone un materialismo histórico en el que el comunitarismo socialista no subsume a la individualidad, por el contrario la constituye. Al mismo tiempo, el materialismo dialéctico tampoco es concebido como superación del hegeliano sino que son convergencias compatibles en su pensamiento y más aún hasta el idealismo kantiano. Pero por sobre todo y consecuente con el estado de debate la opinión pública de la Francia de la Tercera República francesa (naciente en la época de Jeaures) en el que primaba la nación como idea cohesiva y fundante de la sociedad. Esto influye en la no escisión del internacionalismo propio del materialismo histórico ortodoxo con la centralidad de la nación y el patriotismo como fundante de su heterodoxia. Ugarte, no sólo recepciona esta tradición de pensamiento, sino que lo reactualiza al fundar su propia perspectiva.

De regreso a la patria, entre 1901 y 1903 la emergencia de una serie de diferencias con el Partido Socialista Argentino del cual era miembro activo; es la prueba manifiesta de las divergencias y de la conformación de ese pensamiento propio acerca de un socialismo latinoamericano que rechaza las adecuaciones mecanicistas y universalistas abstractas a la realidad social y política de un contexto diferenciado del europeo y el euroasiático. Este periodo y la formación de una conciencia política que parte de la razón y de la vivencia situada a partir de una pertenencia americana constitutiva de las mediaciones que comienza a desarrollar para inaugurar una corriente dentro del materialismo histórico original y aplicado a las particularidades latinoamericanas. Esto se traduce en aquel proceso formativo en el que se afilia al Partido Socialista de cuño positivista liderado por Juan B. Justo y posteriormente rompe en virtud de negar en un movimiento dialéctico de su pensamiento, esa versión eurocéntrica y positivista del Partido integrándola luego en un pensamiento que sintetiza la centralidad del nacionalismo en el internacionalismo y de la lucha de clases subsumida en la lucha por los procesos de descolonización y liberación nacional. En 1903, Ugarte pronuncia un discurso titulado “el siglo de las luces” en el que el propio título es indicativo de la valoración que tiene para el Partido y para su propio pensamiento ese materialismo histórico positivista y fuertemente hegemónico e invisibilizador de la historia y la cultura de los distintos pueblos en los que procura

arraigar como sistema de creencia. Ese discurso, pondera los procesos de reforma como virtuosos desde una posición higienista, consecuente con las teorías predominantes de la época. La ciencia como medio de superación de la caridad y la filantropía para desarrollar un proyecto societario nuevo, enfatizan el carácter irreversible y moderno del socialismo como único proyecto posible de construcción sociopolítico. En ese discurso revelador de la primera etapa de vinculación con el Partido Socialista, Ugarte afirmará:

“Nuestra generación, enamorada de la exactitud, hija de la ciencia y admiradora del método, no puede resignarse a repetir abstracciones y a seguir jugando con las palabras. Los lirismos y las frases multicolores pudieron ser eficaces en una época de transición, en un período de incertidumbre, cuando apenas se dibujaban las grandes líneas de la mentalidad de hoy” (UGARTE, M.; 1947; 23)

El elogio del científicismo, pero además muy claramente la vinculación entre patología social y sanidad desde una analogía biologicista entre orden burgués y socialismo, desde una perspectiva mecanicista propia del materialismo histórico hegemónico en la época está presente forjando esta primera etapa de su pensamiento.

El debate sobre las leyes sociales en Argentina impulsa al Partido Socialista a configurar una estrategia de búsqueda de antecedentes en el exterior y en sus federaciones internacionales conforme a esa perspectiva internacionalista de propio programa reformista del socialismo de la época e incluso de las tendencias más radicalizadas de esas tendencias. El proletariado, concebido como sujeto histórico universal, es uno de los elementos constitutivos del materialismo histórico conjuntamente con el carácter internacional de los procesos de transformación histórica y de superación del propio Capitalismo en el ideario socialista. Con ese objetivo, Ugarte participará de dos congresos, en los que procurará fundar las líneas de argumentación para aplicar los lineamientos internacionalistas del Socialismo en las leyes sociales en la política interior de los países integrantes de esas entidades.

Estas experiencias, lejos de constituirse en una reafirmación de aquellas ideas iniciales asociadas al dogmatismo partidario de cuño eurocéntrico, positivista e higienista de la versión del Socialismo propuesta por el Socialismo de la Segunda Internacional; provocan en Ugarte un proceso de reflexión crítica respecto de aquellas tendencias.

Esas experiencias interpelan a Ugarte acerca de las contradicciones existentes entre las condiciones objetivas, tanto de las relaciones entre las clases en Europa y sus diferencias en América, como así también de los procesos de consolidación de autoafirmación nacional en una y otra sociedad. Para Ugarte, desde la influencia de Jaurés, el internacionalismo no podía negar ni la centralidad de lo nacional como constitutivo de los pueblos en tanto tales, ni la cuestión social sobredeterminarse a la cuestión nacional. Ambas eran condiciones necesarias para un proceso auténtico de emancipación social y económica. Esos Congresos, el de Ámsterdam en 1904 y el de Stuttgart en 1907 son determinantes en el sentido expuesto en el pensamiento de Ugarte sobre el particular.

“Las resoluciones del Congreso de Stuttgart, forzosamente vagas puesto que tienen que aplicarse igualmente a caracteres y países muy diversos, no han podido aplacar

en Francia las discusiones y las polémicas que suscita la pretendida incompatibilidad entre el socialismo y la patria. ¿Debemos ser anti-patriotas? Yo, por mi parte, creo que no.“ (UGARTE, M.; 1914, 23)

Lo que antes era uno de los fundamentos sólidos para el socialismo que defendía en aquellos primeros años, es decir la base científica legitimadora que garantizaba y sostenía las pretensiones de universalidad del proyecto societario, en este Ugarte, son ideas vagas, imprecisas, desarraigadas de las condiciones particulares de los contextos específicos de su aplicación.

En el siguiente párrafo, que se transcribe solo a los fines ilustrativos de este giro, deja bien explícito de qué modo sin renunciar a las utopías de una sociedad superadora de la constituida por el orden burgués,

“Las declaraciones fundamentales de la Internacional establecen—y ese deseo está vivo dentro de nuestras conciencias—la necesidad de perseguir, con la completa reconciliación de los hombres, la abolición de las fronteras y el fin de las demarcaciones de nación o de raza. Pero al lado del ideal lejano, existe, a pesar de nuestros esfuerzos, la realidad de las épocas en que vivimos y los atavismos de los grupos que no han llegado a su completa evolución y conservan en el pensamiento o en la sangre muchas partículas de los antepasados. ¿Si un pueblo se siente agredido, debe doblar la cerviz?” (Íbidem)

Lo que Ugarte advierte es la imposibilidad de establecer un proceso aún reformista gradual de transición al socialismo, sin tomar en cuenta las condiciones objetivas reales de cada sociedad en particular y de la complejidad que suponen los procesos históricos. Es decir, el internacionalismo y la destrucción del orden burgués y de sus instituciones y procesos no pueden concebirse como procesos homogéneos, simultáneos y totalizantes. Cada coyuntura en particular le imprime a ese proceso instancias de transición diferenciadas que no pueden absolutizarse bajo un programa único. Ugarte advierte sabiamente que cada pueblo concibe los obstáculos prioritarios a su realización como tal de acuerdo con las opresiones que significativamente considera como prioritarias y urgentes. La utopía de una sociedad igualitaria no condice con el hombre y la mujer concretos de comienzos del siglo XX (tampoco en la actualidad) y más aún, antes la liberación nacional se impone como necesaria condición de ese proyecto. Sobre el final del segmento alude a esta situación: las rémoras de un pasado colonial reactualizadas por la dominación políticas y económica de nuevas potencias, condicionan todo proceso de transformación estructural. Esto reactualiza el debate acerca de la necesaria consolidación de un proyecto de desarrollo capitalista endógeno y autónomo como condición necesaria anterior a cualquier transformación y superación a un modo de producción socialista. La complejidad en nuestra América es aquella diversidad y coexistencia, hasta la actualidad de diversos modos de producción. Esa diversidad, aún preliminar en Ugarte se presenta como contradicción para la proposición sostenida del proyecto socialista hegemónica del partido liderado por Justo. Pero su lúcida advertencia y posterior posicionamiento, inaugura en nuestra América la posibilidad de una reactualización, vigencia y adecuación de estos postulados.

Más aún, en el pensamiento de Ugarte, la preeminencia de la unidad de los

trabajadores del mundo constituyendo la clase universal portadora de la emancipación humana bajo la institución del proyecto socialista científico, es suspendida desde lo expuesto en el párrafo anterior para privilegiar los procesos de emancipación política de los pueblos. Al respecto enfatizará las diferencias entre las condiciones sociopolíticas y culturales de nuestra América y Europa.

“¿Debemos ahogar nuestra manera de ver para plegarnos a la del vecino ? Porque si en nuestra América las fronteras marean o separan muy poco, ligados como estamos por un mismo origen y una misma historia, en Europa no ocurre lo mismo. Hay profundas antinomias de cultura entre ciertos pueblos. Y nosotros tenemos que abarcar el problema de una manera universal. Atados como estamos a una labor práctica y tangible de renovación y de resurgimiento, no podemos ignorar las realidades que nos sitian.” (UGARTE M., 1914, 23)

Desde esta breve consideración ya sienta las bases para una ruptura con las tendencias de aplicación mecanicistas de los proyectos eurocéntricos en nuestro continente. La condición para la realización de la utopía socialista de destrucción de las nacionalidades y fronteras las advierte más avanzadas por los propios procesos históricos en nuestros países que en Europa, es decir demuestra que no bastan las formulaciones abstractas sino el análisis de las condiciones particulares que permitan y viabilicen los proyectos en juego.

Todas estas consideraciones luego las desarrollará en su vasta obra sobre su lectura acerca de la adecuación necesaria del proyecto socialista a la realidad de nuestra América, pero por sobre todo de la necesidad de reconstruir una agregación colectiva de nuestros pueblos y colectividades divididas por procesos dirigidos externamente y nunca conformados. En su texto *El porvenir de la América Española* de 1910 promoverá el debate acerca de la necesaria unidad latinoamericana desde el rescate de una pertenencia hispánica convergente de los diversos pueblos. La búsqueda de una raza en el sentido latinoamericano del término, no en el sentido biológico naturalista, sino la raza como producto cultural e histórico que congrega la diversidad en la unidad; será su punto de partida para pensar procesos de emancipación en los que el contenido de este texto comienza a plantear. La sola recurrencia a una identidad hispánica común, aunque no manifiesta, por oposición niega la cultura o raza en el mismo sentido diferenciada y opuesta a todos los pueblos de nuestra América: la anglosajona. La oposición remite a considerar, la preeminencia frente a la lucha de clases y al internacionalismo en las condiciones históricas mencionadas, de la lucha por la unidad latinoamericana y la liberación de la dominación política y económica de Estados Unidos sobre el continente, paralelamente a la lucha de clases y el ideario de una sociedad superadora del capitalismo liberal.

Estas desavenencias con la interpretación ortodoxa del materialismo histórico, propias del Partido Socialista, le valieron la expulsión del mismo en el que claramente y paradójicamente ese suceso marca la transición a la apertura para toda esa corriente de pensamiento de una nueva perspectiva que inaugura para considerar los procesos de liberación nacional y unidad latinoamericana desde un nuevo enfoque y que tendrá además de fértiles continuadores, aportes sustanciales para proyectos políticos de autonomía y descolonización en el continente a lo largo del siglo XX.

En este punto es importante destacar que inaugura una heterodoxia dentro del campo del materialismo histórico propio de nuestra América y cuyos influjos seguirán en las producciones de pensadores de la talla de Mariátegui, Haya de la Torre, Flores Galindo y particularmente en Argentina entre muchos y destacados Aurelio Narvaja, Juan José Hernández Arregui y Jorge Abelardo Ramos.

3.- A modo de conclusión: La izquierda nacional síntesis epistemológica, política y cultural como corriente de pensamiento y fuente de los procesos de liberación nacional y de revolución social

Con base en lo expuesto y como tendencia creciente de estas particularidades propias de nuestro ser estar como pueblos en el proceso histórico en curso, las necesidades de revisión crítica del materialismo histórico en su versión eurocéntrica dominante en la primera mitad del siglo XX, seguirán su devenir a partir de lo enunciado y desarrollado por Ugarte en el continente todo. En este apartado, se sintetizarán las ideas centrales que permitan establecer entonces, la correlación existente entre esa matriz originaria perteneciente al materialismo histórico, la mediación que ha supuesto el pensamiento de Ugarte como punto de inflexión inaugural de un materialismo histórico heterodoxo latinoamericano y la conformación de una matriz local nacional denominada como *izquierda nacional*. Esta última corriente se presupone entonces como momento de síntesis y heredera de todo este proceso histórico de transición y cambio del materialismo histórico como una de sus corrientes fundamentales aplicadas al caso argentino.

A riesgo de ser arbitrario e injusto en la selección de autores y nombres de múltiples e ilustres pensadores de esta corriente: Milcíades Peña, Rodolfo Puiggrós, Jorge Eneas Spilimbergo, Alfredo Terzaga, Eduardo Astesano, entre muchos otros; se seleccionarán aquellas ideas centrales y transversales de esta corriente, presentes en la obra de Jorge

Abelardo Ramos, a juicio de quien suscribe, el máximo expositor de la izquierda nacional. De igual modo, dada la vastedad temática y productiva de la obra del autor, se deja explícito que el interés es el de analizar la trascendencia y superación en el plano de las ideas de las dimensiones constitutivas del materialismo histórico que se encuentran en análisis.

En este sentido la denominada izquierda nacional va a nutrirse del materialismo histórico desde todas las vertientes enunciadas e incluso de algunos elementos provenientes del trotskismo como la concepción de revolución permanente. A lo largo de todo el desarrollo de la obra de esta perspectiva, los elementos del materialismo histórico de la lucha de clases, la cuestión social y la necesaria perspectiva anticapitalista y antiimperialista (heredada del materialismo histórico latinoamericano de Ugarte y Haya de la Torre) se considera estratégicamente fundamental para la redefinición de un materialismo histórico aplicado a la luz de las particularidades históricas de nuestro país

Esta corriente se desarrolla fundamentalmente en los años cincuenta y sesenta y sus proyecciones continúan hasta el presente. Sin embargo, en el mismo momento en que se instituye a partir de 1945 en el que comienza una incipiente producción

interpretativa que considera este suceso como el punto de inflexión de un proceso revolucionario en Argentina, una interpretación de todo ese movimiento y proceso como la sustitución local de los proyectos leninistas y estalinistas pero de igual corte socialista de un modo local. Esta apreciación proviene de un autor contemporáneo a esos sucesos como Aurelio Narvaja, quien desde publicaciones en el periódico Frente Obrero, órgano del Partido Obrero de la Revolución Socialista, enuncia alguno de los postulados básicos que seguirán luego siendo variables de estructuración del materialismo histórico adecuado a las condiciones particulares del caso argentino.

Narvaja desde las reflexiones de los procesos del movimiento peronista de 1945 analiza las particularidades de ese movimiento y advierte que esta irrupción y acceso de los trabajadores en alianza con un sector de las Fuerzas Armadas, se considera un proceso revolucionario sui generis, crítico de los determinismos. Advierte algo que luego permeará toda la obra de Abelardo Ramos y en gran parte de la literatura sobre el tema: esta alianza entre un sector nacionalista de las Fuerzas Armadas y los trabajadores, significaba por un lado el vacío ideológico del materialismo histórico ortodoxo en sus versiones leninistas y estalinistas en su correcta y tendencial interpretación de los sectores populares como sujeto revolucionario (Narvaja, Abelardo Ramos) . Pero al mismo tiempo de la revelación que previo a todo proceso de transformación estructural del Capitalismo, se torna prioritario instituir un proceso de industrialización. Sobre este punto Narvaja advierte un punto que será retomado como principio general en los sucesivos desarrollos de esta corriente: en Argentina la industrialización y la posibilidad constitución de un proyecto de liberación nacional, es precondition para la revolución. Argentina es un país semicolonial y dependiente. Esta afirmación es heredada de toda la tradición nacionalista, pero es Narvaja que vincula esta condición histórica a la prioridad estratégica del desarrollar el sector secundario para cualquier proceso de transformación societal. Y sostendrá además algo presente en Abelardo Ramos referido a la necesaria alianza de clases para el desarrollo de un proceso revolucionario: el proceso de industrialización en Argentina no fue producto de un desarrollo histórico de las relaciones capitalistas de producción no del desarrollo sostenido de las fuerzas productivas, sino que fue promovido por un sector del Estado. Esto le confiere un carácter de debilidad subjetiva en sentido que no ha formado al mismo tiempo un sujeto histórico como una burguesía con capacidad de generar un proyecto de desarrollo y modernización para la economía y la sociedad argentina. Por el contrario, la inexistencia de una burguesía como actor revolucionario de una modernización capitalista, ha sido reemplazada por el Estado. Sin embargo, en alguno de sus artículos (Cfr.; NARVAJA, 1985) ya tempranamente advierte la fragmentación en esta incipiente burguesía en una ligada al mercado interno (burguesía nacional) y otra que señala se encuentra relacionada a la maximización de lucro en el mercado internacional lo que a su vez fragmenta los intereses y los proyectos sociopolíticos para la sociedad y la economía argentina. La posible alianza entre una incipiente burguesía industrial ligada a un proyecto de industrialización y los sectores populares en el marco del proyecto justicialista; rompe con los principios rígidos del clivaje burguesía proletariado del materialismo histórico y advierte que es necesario consolidar un proyecto que supere el proyecto agroexportador cuyo sector es considerado burguesía, cuando en realidad análisis posteriores convienen en una precisión al definirlos como oligarquía y no burguesía,

justamente por el carácter conservador y no revolucionario en tanto sujeto líder de un proceso de desarrollo modernizador. En los tres pensadores, esta búsqueda de quienes son los sujetos revolucionarios en Argentina, de establecer cuales son las condiciones previas para considerar como limitantes de un proceso revolucionario, tienen su anclaje en la consideración que justamente la condición de país dependiente y semicolonial sometido al imperialismo británico y luego estadounidense, inciden en la conformación de particularidades que impiden aplicar mecánicamente los programas del materialismo histórico de sociedades que pertenecen a los países capitalistas centrales que no presentan estas conformaciones. Leemos a Narvaja:

“La economía argentina, en su conjunto, está ligada al imperialismo yankee y europeo por medio de los bancos y la deuda pública externa. Si bien la deuda pública en libras ha sido prácticamente repatriada, los bancos ingleses en nuestro país tienen en su poder gran cantidad de títulos de la deuda interna, igual que los norteamericanos, Por medio del capital hipotecario, los bancos extranjeros canalizan a su favor parte de la renta de la tierra y por los préstamos comerciales e industriales se ligan con el resto de la economía” (NARVAJA, A., 1985., pag. 17)

Pero esas otras particularidades permitían reivindicar como proceso revolucionario el iniciado en 1945 y consolidado con el acceso al gobierno y consolidación del proyecto Justicialista. Entre ellas fundamentalmente que los sectores populares, eran la clase obrera que el marxismo tradicional advertía como el sujeto revolucionario y portador de la emancipación para la humanidad. Pero por otro lado es un proceso nacionalista popular el que encarna el proyecto de la clase obrera argentina, frente a la elitización de los partidos de izquierda, particularmente del Partido Socialista y de una nueva composición social de esa clase que ya no era portadora de una tradición de pensamiento marxista como proyecto político de sus intereses.

“Al gritar Viva Perón, el proletariado expresa su repudio a los partidos pseudo obreros cuyos principales esfuerzos en los últimos años estuvieron orientados en el sentido de empujar al país a la carnicería imperialista. ¡Perón se les aparece entre otras cosas como el representante de una fuerza que resistió larga y obstinadamente esos intentos y como el patriota que procura defender al pueblo argentino de sus explotadores capitalistas!” (NARVAJA, A. 1985, 30-31).

La búsqueda de particularidades propias del caso argentino para adecuar los procesos revolucionarios de transición del Capitalismo al socialismo, comienzan a ser interpelados por la tradición del pensamiento ugarteano y de Haya de la Torre pero que en el caso argentino el debate se acelera no sólo por el aspecto netamente teórico ideológico o programático de la izquierda sino que es un hecho histórico que sitúa vivencialmente y empíricamente la contradicción visible de la inadecuación de una mecánica extrapolación del dogma socialista europeo a la realidad argentina: Perón y el 17 de octubre, luego el Movimiento y finalmente la institucionalización de todo el proceso en el gobierno justicialista de 1946 a 1955. En Abelardo Ramos, y en Juan José Hernández Arregui estas ideas serán tomadas como necesarias dimensiones de conformación del ideario del pensamiento de la izquierda nacional.

La perspectiva materialista histórica de Ramos no solo es continuidad de esa relación que deviene en la heterodoxia heredera de Ugarte y que puede ser inferida, sino que

explícitamente será Ramos quien lo redescubre para el pensamiento de la izquierda nacional. Todo este recorrido que intenta sintetizar de que modo desde una matriz inicial anclada en el materialismo histórico europeo se transita hacia la conformación de una corriente marxiana particular, adecuada y a las condiciones socioculturales e históricas de Argentina, hace explícita la necesaria mediación del pensamiento social latinoamericano y la consideración de las particularidades propias de su clase obrera, de las condiciones de dependencia política y económica respecto de Estados Unidos y de la complejidad de analizar la composición de clases de la lucha de clases desde la perspectiva del marxismo europeo.

Ramos tiene como fuentes a Narvaja y a Ugarte y a luces vista, es quien desarrollará y fundamentará las principales líneas argumentativas de la perspectiva de la izquierda nacional, en tanto producto de la síntesis de los procesos analizados. En su caso, como intelectual y político volcado a la conformación y conducción del Frente de Izquierda Popular en la década del setenta; ha escrito innumerables obras relacionadas con la literatura, la historia y el pensamiento político. Para el tema que trata este trabajo, entre varios destacados se enfatiza fundamentalmente en dos obras significativas donde es posible rastrear esos fundamentos del materialismo histórico y sus redefiniciones. En *El marxismo de Indias (1973)* es posible hallar las reflexiones mejor sistematizadas respecto de los fundamentos y sus transiciones del materialismo histórico en el caso argentino, desde la pluma de uno de sus más importantes referentes. Allí, Ramos fundamenta, muchas de sus posiciones en torno de esta síntesis entre el marxismo y el pensamiento latinoamericano. En Ramos la línea argumentativa, presente en estos textos y en otros agrupados tales como *Revolución y Contrarrevolución en Argentina (1951)* en el que, desde una perspectiva ligada al Revisionismo histórico, funda la necesidad de proponer una síntesis entre materialismo histórico y una perspectiva nacional latinoamericana. La tesis fundamental en la obra de Ramos es deudora del pensamiento de Ugarte, la unidad latinoamericana frente al imperialismo norteamericano al mismo tiempo como proceso de autoafirmación. Argentina y su historia, como fragmento balcanizado de la Patria grande, será la fuente de explicación en Ramos para pensar un socialismo criollo, una fusión del materialismo histórico con las particularidades históricas, sociales y políticas de Argentina.

Esa deliberada síntesis y la búsqueda de una redefinición explícita del materialismo histórico en estos términos, es posible encontrarlos posteriormente en su obra citada de 1973. Advierte lo que sin mencionarlo pero de modo implícito ya advirtiera Ugarte. Dice Ramos:

“Paradójicamente, mientras la realidad se expresaba en las revoluciones nacionales, el pensamiento marxista quedaba detenido en las antiguas categorías metropolitanas. Esto explica por qué la literatura marxista no ha desenvuelto su poder creador allí donde la historia ha demostrado su vigencia” (RAMOS, A., 1973, 245)

El desarrollo de los procesos revolucionarios no se verificaba en los países centrales del Capitalismo, por el contrario, la Rusia zarista, posteriormente China campesina y feudal y la Cuba productora de monocultivo, habían sido los espacios geopolíticos en los que los procesos de superación del modo de producción dominante transitaban de

esas formas precapitalistas o capitalistas dependientes, al socialismo. La contradicción entre relaciones de producción y un sostenido agotamiento del modo de producción por el desarrollo de las fuerzas productivas en esta contradicción, se veía seriamente cuestionado como fundamento de los saltos cualitativos de la historia, planteado por Marx, cuando se aplica al análisis y la praxis de las sociedades periféricas. Ramos, es conciente de esta inadecuación, pero la refiere para marcar la necesidad de pensar la realidad de nuestra América y sus propios procesos de emancipación. Por lo que la contradicción entre cuestión nacional y cuestión social, presente en la perspectiva materialista histórica se presenta como negación ya no en términos netamente filosóficos especulativos, sino al mismo tiempo prácticos. Las experiencias reales del socialismo en el poder en el siglo XX, demuestran el papel que las instituciones de difusión, formación y de conformación de estrategias de estos regímenes, invisibilizan las particularidades nacionales como constitutivo de sus procesos de lucha:

“ Si esto no ha sido totalmente evidente hasta hoy, se debe en primer término al carácter europeo conservador que había llegado a adquirir el pensamiento marxista y, en segundo término, a la putrefacción del pensamiento político del estalinismo, que ha paralizado en el exterior lo que ya había esterilizado en el interior de la Unión Soviética. Si la cuestión nacional y colonial no ha sido situada en el eje mismo de la discusión teórica de nuestro tiempo, se debe también a que el pensamiento revolucionario de las metrópolis, bajo la influencia deformante del imperialismo, ha transferido su óptica metropolitana y “socialista pura” al examen de los problemas nacionales de las colonias” (RAMOS, A., 1973, 245)

El carácter impropio y mecanicista de la transpolación del materialismo histórico ortodoxo ya advertido por Ugarte, hace mella en el pensamiento de Ramos, quien actualiza esta mirada analizando la coyuntura de las políticas del Komintern respecto a las líneas de formación y acción de los Partidos comunistas dirigidos desde Moscú. Contrariamente, las políticas del Komintern comenzarán a girar desde el materialismo rígido ortodoxo y mecanicista hacia la estrategia del desarrollo de Frentes con otras fuerzas nacional populares, particularmente en los setenta y ochenta, sin abandonar el carácter imperialista de la URSS como Estado del llamado socialismo real. Sólo en la estrategia, el giro a considerar a los movimientos nacionales como aliados revolucionarios implica un reconocimiento de la inadecuación de una imposición mecánica del programa de materialismo histórico en culturas diferentes a las europeas. La composición social del sujeto revolucionario en nuestra América es para la izquierda nacional y en Ramos, heredero de Narvaja en este punto, mucho más; presenta características diferenciadas que en el caso de los países centrales del Capitalismo. El proletariado y la incipiente burguesía nacional tejen una alianza para liderar los procesos revolucionarios en América Latina. Al referirse al caso cubano, en el mismo texto, es bien claro lo que postula Ramos en este sentido y que aporta a redefinir la validez de los argumentos del materialismo histórico ortodoxo aplicado al caso latinoamericano: es en Europa y Estados Unidos donde se verifica el mayor desarrollo del capitalismo, pero esto es posible merced a la explotación y dominación de las colonias y semicolonial del (hasta así designados por los teóricos hegemónicos de esas áreas) *subcontinente*. En consecuencia, hasta los procesos interrumpidos e inconexos temporalmente y procesualmente de modernización capitalista en la periferia, provocan el necesario establecimiento de sectores que consolidan un

proceso de enfrentamiento a la explotación y la dependencia en alianza y que desde la perspectiva del materialismo histórico ortodoxo europeo, son objetivamente irreconciliables por el propio modo de organización de la producción económica. En *Historia de la Nación latinoamericana*, un texto historiográfico de 1957, Ramos desarrolla sostenidas argumentaciones acerca de la centralidad de revisionar nuestra historia como pueblo único y diverso para buscar en esas fuentes, los sustratos teóricos, políticos y prácticos de los procesos de construcción de un proyecto socialista que integre y subsuma las particularidades socioculturales e históricas de América Latina :

“En América Latina el nacionalismo no es separable del socialismo ni de la democracia. Tales aspiraciones indisociables reflejan de modo combinado las claves de su necesario salto histórico hacia la Revolución unificadora y la liberación social de toda explotación; sin ellos no podemos reconocer ni explorar historia enterrada en nuestra tierra dolorosa y dividida.” (RAMOS, J.; 1957, pág. 23)

La reminiscencia a Jaurés a través de Ugarte es palpable: la posibilidad de concebir un materialismo histórico no escindido de la cuestión nacional, de la democracia burguesa ni de la burguesía nacional como aliado histórico en los procesos revolucionarios. Esta última aseveración no tan nítida en Ugarte, por la propia debilidad e inexistencia en muchos casos de una burguesía nacional en nuestra América en los primeros años del siglo XX. Si en Jaurés, quien en medio de la instauración de la Tercera República, abogaba por la necesaria cohesión social, como principal problema a resolver en la sociedad de la Francia de su tiempo. Ramos llega a esta síntesis a través de Ugarte, es él uno de los más importantes intelectuales que introduce su pensamiento como fuente de reversionar el proyecto socialista en América Latina.

En suma, si bien este trabajo ha desarrollado los fundamentos materialistas históricos de la izquierda nacional, con el detalle de la mediación necesaria que supuso la transición y giro heterodoxo de la perspectiva latinoamericana en Ugarte; estas bases bien podrían desarrollarse y ampliarse en el sentido expuesto. La tradición de la izquierda nacional, por tanto es heredera del materialismo histórico pero con mayor importancia de la perspectiva latinoamericana de su contenido, que le confiere una especificidad que la liga a su historia. Un proyecto socialista con unidad latinoamericana, la cuestión social como parte de la resolución de la dominación semicolonial de las potencias, un socialismo abierto, no dogmático y a la luz de las particularidades de la historia, la cultura y la proyección de los pueblos latinoamericanos.

Bibliografía

- ENGELS, F (1972) El origen de la familia, la propiedad privada, y el Estado, Madrid, Ayuso, 1972, p. 94.

- LENIN, V. I. (2005) El Estado y la Revolución, Buenos Aires, Prometeo.
- _____ (2001) Imperialismo, fase superior de Capitalismo, Madrid, Ed, Cienflores,
- _____ (2000) El derecho de las naciones a la autodeterminación, Barcelona, Dubarri.
- MARX, K. (1870) Carta de Carlos Marx a Sigfrido Meyer y Augusto Vogt, en Nueva York, 9 de abril de 1870
- MARX, K. Y ENGELS, F., (2004) Manifiesto comunista, Madrid, Alianza. Pág. 65
- NARVAJA, A. (1945) Frente Obrero Nro. 1, octubre 1945, En: Narvaja A & otros (1985) Cuarenta años de peronismo, Buenos Aires, Mar Dulce.
- _____ (1985) (Frente Obrero Nro. 2, octubre 1945, En: Narvaja A & otros (1985) Cuarenta años de peronismo, Buenos Aires, Mar Dulce.
- RAMOS, J.A. (1973) El marxismo de Indias, Barcelona, Planeta.
- _____ (1957) Historia de la Nación Latinoamericana, Buenos Aires, Ed. Peña Lillo.
- _____ (1974) Obras Escogidas en tres tomos (Editorial Progreso, Moscú, 1974), t. III, págs. 174-183.
- UGARTE, M. (2010) Crónicas del bulevar, Buenos Aires, Editorial Biblioteca nacional.
- _____ (1947) “Las ideas del siglo” en Ugarte, Manuel, Escritores Iberoamericanos de 1900. México, Ed. Vértice.
- _____ (1901) “El peligro yankee” Escrito en París el 18 de septiembre de 1901, publicado en El País de Buenos Aires, el 19 de de octubre de 1901. Biblioteca Nacional de la República Argentina.
- _____ (1914) Ugarte y el Partido Socialista, Buenos Aires ; Barcelona, Unión Editorial Hispano-Americana.